

origen, y no entraba en los cálculos del comandante revelársela, porque no le convenía tener un hijo. Era urgente separarlos; pero no era tan fácil conseguirlo, y, en todo caso, sería una ausencia alimentada por la esperanza de volverse á ver; se escribirían, y volverían á verse. La ausencia era un recurso que alargaba el éxito: necesitaba separarlos para siempre.

Discurriendo de esta manera, iba y venía de un extremo á otro de su cuarto, con la feroz impaciencia del león enjaulado.

CAPÍTULO XIX.

Golpe seguro.

Ignoraba la viuda el paso que acababa de dar su hija, porque ésta había querido ocultárselo, con el fin de sorprenderla. Era la primera vez de su vida que había usado con su madre de esta reserva, bien disculpable por cierto, si se considera la alegría que esperaba causarle con la noticia auténtica de que el tío miraba con buenos ojos el mutuo cariño que se profesaban la sobrina y el ahijado, cosa acerca de la que la viuda no disimulaba algunas dudas, que para Rosalía eran inexplicables.

Después de la entrevista que hemos presenciado, la hija de la viuda, aterrada con lo que acababa de sucederle, comenzó á comprender las dudas de su madre y cierta repugnancia instintiva que ella misma había experimentado siempre hacia su tío.

Su situación era terrible para con su madre, para con Gabriel, para consigo misma; ni siquiera podía confiar al P. Antonio la acerba angustia por que pasaba su alma. ¿Cómo destrozar el corazón de su madre con el relato de aquella escena horrible? ¿Cómo envenenar el corazón de Gabriel refiriéndole el fatal suceso? ¿Ni cómo horrorizar el corazón del P. Antonio con tan bochornosa confidencia? Su alma noble

comprendió que aquella desgracia á ella sola le tocaba conjurarla ó sufrirla.

Mas por mucho que quiso disimular su pena, la viuda advirtió que Rosalía había llorado, y que además trataba de ocultarle sus lágrimas, de lo cual dedujo que no había llorado de alegría. ¿Cuál podía ser la causa de aquel pesar secreto?

No obstante, Rosalía había tomado todas las precauciones para no despertar sospecha alguna. Desde el jardín observó que su madre se hallaba en la sala, y, huyendo de su presencia, entró en el comedor, por donde pudo llegar á su dormitorio sin ser vista. Allí lloró primero y rezó después, tranquilizando con fervorosas súplicas la inquietud de su espíritu; y, más dueña de sí misma, fué á la sala, donde se hallaba su madre. Ésta alzó los ojos y los clavó en su hija, que bajó los suyos, intentando sonreirse. Tomó la costura, y se puso á hacer labor junto á su madre.

César, que no la había abandonado, entró detrás de ella, se acostó entre la madre y la hija, mirando alternativamente á una y á otra, mientras ambas hacían labor en silencio; silencio triste, que ninguna de las dos se atrevía á interrumpir. Buscaba la madre una pregunta con que sondear el corazón de su hija; una pregunta indiferente, que, así como sin querer, abriera camino á una explicación que al mismo tiempo deseaba y temía; mas esta pregunta discreta parecía sepultada bajo siete estados de tierra, pues no la encontraba por ninguna parte. Á su vez, Rosalía buscaba una conversación cualquiera, temerosa de que su silencio pareciera sospechoso á los ojos de su madre; quería hablar de algo, y no sabía de qué; temía que la vendieran sus palabras y que la descubriera el acento atribulado de su voz conmovida.

En esto apareció el P. Antonio, y César acudió á recibirlo, moviendo la cola y empinándose hasta lamer las manos del sacerdote.

No tardó mucho tiempo en advertir el P. Antonio que aquellos semblantes no eran los de todos los días; y tomando una silla, se sentó, y cruzando las manos, exclamó:

—¡Santo Dios! ¡Qué caras tienen Vds.! Cualquiera diría que acaba de pasar por aquí algún entierro.

—Esta niña (dijo la madre) está hoy muy llamada al interior; se levantó esta mañana alegre como todos los días y habladora como nunca; mas después ha *calado el capote*, y ahí la tiene V. cose que te cose, amarilla como la cera y muda como si se hubiera tragado la lengua.

El P. Antonio se hallaba aquella mañana lleno el corazón de alegría, de esas alegrías inexplicables que experimentamos algunas veces sin causa para nosotros conocida, alegrías misteriosas que invaden nuestro espíritu, sin que sepamos de dónde nos vienen ni á qué atribuir las. Suele acontcernos esto en la víspera de alguna desgracia.

No estaba el P. Antonio solamente alegre; estaba además, si se me permite la palabra, poético, y no sólo poético, sino que también filarmónico. Así es que, mirando á Rosalía con toda la malicia de su natural bondad, comentó las observaciones de la viuda, canturriando y diciendo:

—En la torre más alta
De San Agustín,
Hay un pájaro, y canta
Coplas en latín.
Cantando dice
Que los enamorados
Siempre están tristes.

La alegría que se reflejaba en el semblante ingenuo del P. Antonio caía sobre el triste aspecto de la madre y de la hija como un rayo de sol sobre un paño negro. No obstante, la viuda intentó sonreírse, y Rosalía quiso decir algo.

Quiso, pero no pudo, porque, al pronunciar la primera palabra, le cortó la voz un golpe de tos seca y repentina, tan impetuosa y tan persistente, que la madre creyó que su hija se ahogaba. Arrojó al suelo la almohadilla en que hacía labor, y acudió á sostener la cabeza de Rosalía, poniéndole la palma de la mano sobre la frente.

—¿Qué es esto, hija mía?—exclamó la madre asustada.

Con voz entrecortada y bronca por los esfuerzos de la tos, contestó Rosalía:

—No es nada, madre; no es nada.

Entonces notó la viuda que la palma de su mano se abrasaba, porque la frente de su hija ardía; que sus miembros temblaban agitados por un movimiento convulsivo, como si un frío mortal circulara por sus venas; que la palidez de sus mejillas era espantosa, y que respiraba con ansiedad, con angustia, como si su pecho no pudiera dilatarse.

—¡P. Antonio!....—gritó con voz desolada.

César, que había puesto sus manos sobre las rodillas de Rosalía, exhaló un aullido lastimero al oír el grito de la viuda.

El P. Antonio se acercó á la enferma, y cogió una de sus manos, que encontró fría.

—No hay que asustarse (dijo con semblante aterrado). No será nada.... Esto es un pasmo que pasará pronto.

Hizo Rosalía un movimiento afirmativo con la

cabeza, clavando en su madre una mirada inmensa.

El P. Antonio siguió diciendo:

—Eso es.... un pasmo; no tiene duda.... la mañana ha sido fresca, y esta criatura habrá salido del calor de su cuarto al frío del jardín sin tomar precaución ninguna. ¡Ea! Es preciso meterla en la cama, y abrirla mucho; que tome en seguida una gran taza de flores cordiales bien caliente, y que sude.

Dijo, dejó la mano de la enferma, corrió á la puerta de la sala, y comenzó á gritar:

—¡Berta!.... ¡Berta!....

Y volviéndose á la viuda, añadió:

—Mientras Vds. la meten en la cama, yo voy á buscar al médico.

Dicho esto, salió de la casa.

César lo siguió hasta la puerta de la calle, lo vió correr hasta ocultarse detrás de una esquina inmediata, y luego que lo hubo perdido de vista, volvió á entrar en la sala.

Ya no estaba allí Rosalía, pues, ayudada por su madre y por Berta, había entrado en su cuarto.

Al cuarto de Rosalía se dirigió el perro sin vacilar; mas halló la puerta cerrada, porque la viuda y Berta estaban desnudando á la enferma. Entonces se sentó, y alargando el hocico por debajo de la puerta, olfateaba con ansia, aullando tristemente siempre que la tos de Rosalía llegaba á sus oídos.

Entre tanto, el comandante almorzaba con toda la voracidad de su cólera, mordiendo los manjares con verdadera furia. De vez en cuando respiraba con fuerza, dejando escapar violentas bocanadas de aire, como si tratara de contener la tormenta que rugía en su alma.

Comía y bebía en silencio.

Gabriel, sentado enfrente de su padrino, hacía como que almorzaba; pues el visible mal humor del comandante le había quitado el apetito que todas las mañanas traía del monasterio, adonde al amanecer iba á buscar al P. Antonio, cuya Misa oía y ayudaba. No eran solamente la piedad ni el íntimo afecto que profesaba al P. Antonio los únicos motivos que impulsaban á Gabriel á visitar todas las mañanas el monasterio; pues, además de su fervor religioso y de su íntima amistad con el humilde sacristán de la ermita, el amor tenía también su parte en estas expediciones. ¡Ya se ve! Con el P. Antonio se despachaba á su gusto. Los dos hablaban de lo mismo; ni uno ni otro sabían hablar más que de Rosalía. El P. Antonio la ponía en las nubes, y Gabriel la llevaba en el alma. De manera que al volver de estos paseos diarios, traía por lo común buen apetito.

La mañana en que los encontramos almorzando, se hallaban el ahijado y el padrino frente á frente silenciosos, porque el comandante, por lo visto, no tenía mucha gana de hablar, y Gabriel no se atrevía á romper el silencio que reinaba en el comedor desde el principio del almuerzo.

Gil servía la mesa, guiñándose, ya un ojo, ya otro, ya los dos, siempre que volvía la espalda al comandante para retirar algún plato.

Terminóse el almuerzo, y el asistente sirvió el café, llenando á su amo la copa de ron legítimo de la Jamáica, copa que el comandante vació de un solo trago, mientras el café humeaba en la taza. Volvió Gil á llenar de ron la copa vacía, y presentó después á su amo la pipa cargada hasta la boca.

Gabriel, pensativo, con los ojos fijos en la taza, enfriaba el café con mano distraída.

Soltó el comandante una soberbia bocanada de humo, y estalló su voz en estas palabras:

—Si los muertos tuvieran algún medio de comunicación con los vivos, estoy seguro de que tu madre lo aprovecharía para reconvenirme.

Esta observación iba dirigida á Gabriel, el cual preguntó sencillamente:

—¿Por qué?

—¡Por qué!.... ¡Bah!.... Puesto que no lo adivinas, será preciso que te lo diga. Me reconvendría tu madre, porque te detengo aquí más de lo conveniente. Á tu edad ya había salido yo del colegio, mandaba una batería y había hecho mis primeras armas en Cataluña. En esta aldea no adelantas nada, y estás perdiendo lastimosamente el tiempo.

Al oír esta inesperada advertencia, Gabriel palideció; mas el comandante no pudo notarlo, por hallarse distraído en ver las ondas que el humo de su boca formaba flotando en el aire.

Lo que acababa de decirle su padrino le pareció á Gabriel muy razonable; mas, sin embargo, replicó diciendo:

—Todavía no pierdo tiempo ninguno, porque aún no se han abierto las clases del Conservatorio, y aquí estudio cuatro horas diarias, desde el día en que cumplí los cuatro meses de luto.

—Eso quiere decir (añadió el comandante) que has encontrado en esta aldea las delicias de Capua. Si á tu edad me hubieran encerrado á mí entre las cuatro tapias de este pueblo, no habría podido resistir quince días.

—En efecto (dijo Gabriel ingenuamente): he encontrado en este pueblo, no las delicias de Capua como V. dice, pero sí corazones generosos, cuya bondad me consuela y me anima. Por lo demás,

crea V. que, por muy doloroso que sea para mí abandonar el tranquilo hospedaje que he recibido en su casa, sé que debo alejarme de esta soledad en que tan bien me encuentro, y me alejaré, porque siento la ambición del arte.... Me veo solo en el mundo; nada soy y nada valgo, y hace algunos días que experimento ardiente necesidad de ser algo.... y, en medio de mi soledad y mi pobreza, sueño con la gloria.

—¡La gloria! (exclamó el comandante soplando con fuerza sobre la nube de humo que flotaba delante de sus ojos.) La gloria es una perspectiva, una ilusión de los primeros años. Yo soy ya más positivo, y he renunciado á ella.

—Yo la necesito (continuó diciendo Gabriel). Tal vez le pido demasiado á mi pobre destino; pero mi corazón, lleno de una nueva vida, me manda aspirar á ella.

—¡La gloria! (volvió á repetir el comandante.) ¡Phs!... cuesta mucho, y vale poco. Sin embargo, la gloria es también dinero: si tú consigues hacer célebre tu violín por esos mundos, ganarás lo que quieras. Una buena voz ó un buen instrumento se pagan á peso de oro.

Gabriel se encogió de hombros, porque el dinero era una cosa en la que no había pensado nunca.

Su padrino siguió diciendo:

—Puedes hacer fortuna. Además, andan por el mundo muchas mujeres ricas, y aunque no todas se dejan deslumbrar por la gloria, no es raro el caso de que la celebridad de un músico conquiste el corazón de una millonaria. Entre tanto, cuenta con mi bolsillo para seguir tus estudios.

Tan risueño porvenir causó en el ánimo de Gabriel una impresión desagradable: no era ese el camino que llevaban sus pensamientos.

—No (dijo); puedo ganar ya lo que necesito para vivir.

—¡Hola! ¿Eres orgulloso?

—Soy pobre (contestó Gabriel).

Hubo un espacio de silencio, que duró todo el tiempo que Gil necesitó para retirar de la mesa el servicio del café. Después que el asistente los dejó solos, extrajo el comandante de su pipa una manga de humo, y dejándola escapar suavemente, dijo:

—Ello es que el mundo te espera para hacerte probar sus ardientes delicias, y no debes perder tiempo, porque la vida es corta. En cuanto á mí, celebraré tus triunfos y tus conquistas desde la sepultura.... ¡Eh! no te asustes; no pienso morirme. Únicamente he resuelto acabar de enterrarme vivo. Es decir, que voy á casarme.

Miró Gabriel con asombro á su padrino, y éste añadió:

—Sin duda alguna es una locura; pero una locura que sólo debe hacerse cuando hemos sentado la cabeza. No tengo de las mujeres la mejor idea; mas cierro los ojos.... porque se trata de un asunto de familia, y quiero asegurar la suerte de mi sobrina. Rosalía será mi mujer.... ¡Bah!.... es preciso.

—¡Rosalía!—exclamó Gabriel sin poder contenerse.

—Sí (contestó el comandante, sin reparar en la extrema palidez de su ahijado). Rosalía me conviene; siento hacia ella una inclinación verdadera; hará mi felicidad, y yo haré su fortuna. Mi hermana recibirá la noticia de este matrimonio con los brazos abiertos, y en cuanto á mi sobrina, ¿crees tú que sea indiferente á mi posición, á mi fortuna y á mi cariño? Ninguna mujer renuncia al triunfo de fijar á un hombre incasable. Nadie se ha atrevido á poner

en ella los ojos, porque presumen que yo los he puesto. No vayas á revelarles el secreto que acabo de confiarte, porque esta noticia, que las llenará de alegría, y que tal vez aguardan, sólo por mí deben saberla.

Dicho esto se levantó de la mesa, arrojó al aire una bocanada de humo, y se entró en su cuarto, con el aire del que acaba de dar un golpe seguro.

Gabriel se quedó trémulo, anonadado, sin fuerzas para levantarse, sin voluntad para moverse, como quien acaba de sufrir un golpe tremendo.

CAPÍTULO XX.

El delirio.

Aquella noche, cuando el médico hizo á Rosalía la segunda visita, la encontró sumergida en el ardor angustioso de una fiebre, que, á pesar de su violencia, no dejaba conocer aún la clase de enfermedad que en ella se encubría, porque ningún síntoma especial la determinaba.

Acompañaban á esta calentura ligeros estremecimientos, que agitaban de vez en cuando los abrasados miembros de la enferma, y subían á su garganta penosos suspiros, semejantes á los que exhalan los niños durante el sueño cuando han llorado mucho antes de dormirse.

El médico fijó principalmente su atención en esas dos circunstancias, y comenzó á presumir si sería moral la causa de aquel trastorno físico; si en vez de un pasmo de la sangre sería un pasmo del espíritu. Entonces se dirigió á la viuda, y le preguntó:

—¿Ha sufrido esta niña alguna contrariedad?

—No (contestó la madre); yo, á lo menos, no sé qué pueda haberla contrariado.

Confirmando el P. Antonio la respuesta de la madre, añadió:

—Contrariedad.... ninguna.